



## Las naves de arena

**Fahrenheit 451: La temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde.**

*Ray Bradbury (1920-2012)*

### I.

UN MINUTO ANTES el amplio canal se extendía brillante hasta el horizonte ondulado. Dos muros de roca cruzaban el cielo y el viejo Dunn se inclinaba como un borracho tirando de las cuerdas y farfullando a las velas que lo impulsaban a través de la luz matutina. Pero ahora, como diría la abuela Mel, en un abrir y cerrar de ojos, la gran lengua dorada había descendido por la ladera y de repente cubría el aire con millones de iridiscentes partículas de arena. Los rayos del distante sol se hundían en la tormenta produciendo reflejos y sombras que transformaban las aguas del canal en un animal inquieto. El viento cargado de estática golpeaba con furia la barca y Dunn tuvo que arrear la vela a toda prisa.

Tan rápido como podía con sus manos de viejo, aseguró los bártulos, cubrió su rostro y se amarró al mástil con la cuerda que tenía preparada para esas circunstancias. No había manera de subir a la alta orilla. La tormenta podía durar cinco minutos o veinte, y si estaba de mala suerte, un día entero que pasaría sumido en sus pensamientos mientras los remolinos fulgurantes danzaban alrededor de la embarcación.

Dunn pensó en su mujer, que estaría esperándolo en la tibia cabaña, al otro lado del desfiladero. Era bueno vivir junto al silencioso canal de aguas serenas, pero cuando la arena se ponía revoltosa como ahora, sentía deseos de mudarse a una de las acristaladas ciudades que se alzaban tras las dunas.

El viejo estaba perdido en sus pensamientos, rodeado de huracanes dorados, cuando el sol perdió su luz y el mundo pareció encogerse. Alzó los ojos, alarmado. Por encima del canal se movía una sombra del tamaño de una montaña, un coloso que nadie había visto en diez mil años arrojando columnas de fuego encendido y desafiando el poder de la tormenta.

*Las naves de arena*

## II.

EL EXTRAÑO llamó a la puerta dos veces antes de que la señora Dunn pudiera trepar las relucientes escaleras y asomar a una mañana ventosa. La tormenta se había desatado de súbito, como siempre, y las grandes oleadas de arena sobrevolaban el valle como telas de oro bajo el sol.

Pero más llamativo era el hombre de pie ante la casa, con un puño todavía cerrado en el aire. Tenía los ojos muy azules y el pelo negro y largo, azotado por el viento. Iba envuelto en una vestimenta antigua, muy blanca y salpicada de botones luminosos con números y contadores.

–Qué quiere –refunfuñó con desconfianza la señora Dunn.

–¿Me permite pasar? –respondió el extraño, moviendo ligeramente la cabeza hacia la tormenta.

La señora Dunn lo pensó un momento y asintió. Cuando cerró la puerta, el silencio impregnó la pequeña sala. El hombre se acarició la cabeza dejando caer unas brillantes partículas al piso espejado, lo que provocó un quejido de la pequeña anciana, que no tardó en ofrecerle asiento allí mismo en lugar de invitarlo a descender al resto de la casa. Por debajo del suelo, el hogar Dunn era amplio, fresco y silencioso pero jamás había recibido un visitante. Y ese no sería el día.

–Bueno –habló el hombre–, vengo de la Tierra.

La anciana se sobresaltó. Volvió a mirarlo, notando el color de los ojos del otro, recordando viejas leyendas que le contaba la abuela Mel.

–No hay nadie en la Tierra –gruñó–. ¿Qué quiere?

–Es cierto, no hay nadie allá. Verá, en realidad mi tripulación y yo acabamos de regresar de un largo viaje a los confines de la galaxia... –El hombre notó que la pequeña anciana de piel oliva y ojos amarillos lo observaba con aburrimiento, pero continuó hablando–. Estuvimos más de diez mil años atravesando

el espacio ida y vuelta. Dormidos, por supuesto.

La señora Dunn se impacientó. ¿Qué sería del señor Dunn con esta tormenta espantosa? Si se había hecho a las aguas del canal antes de la tormenta, no volvería hasta muy tarde y probablemente sin nada para la cena.

–Bueno, lo entiendo. ¿Y qué quiere?

El hombre la miró desolado. Hubiera querido que la mujer reaccionara de otra manera. ¿Es que no entendía que venía de la Tierra? ¿Qué había vuelto a casa una eternidad después?

–No quiero nada –dijo, un poco confundido.

–Pues váyase.

El hombre pensó en la tormenta, en las enormes y pulidas naves detenidas sobre el valle que esperaban buenas noticias. No podía partir con las manos vacías.

–Mire, abuela –dijo un paso hacia ella, que se mantuvo inmóvil–, necesito saber. Aquí tampoco hay nada, sólo esta casa. ¿Qué ocurrió allá arriba? ¿Qué pasó con la Tierra? ¿Cómo sobrevivieron los marcianos? ¿Hay más como usted?

–Nosotros siempre estuvimos aquí, no nos fuimos a ninguna parte –la vieja se tocó la cabeza–. Son ustedes los que van y vienen, no es nuestro problema.

–¿Y las aguas del canal cómo regresaron? ¡Es imposible! Cuando partimos Marte era una roca desierta, los colonos traían agua en sus cohetes porque aquí no había ni una gota. Y estaban los poblados, y las calles repletas de gente, y...

–...Y las noches eran brillantes y frías, las colinas verdes, los eucaliptos altos y había música y miles de farolas de papel flotando corriente abajo –completó la señora Dunn, de pronto entusiasmada y con los ojos brillantes–. Eran épocas de muchas fiestas, de voces humanas y risas hasta muy tarde, de los hombres construyendo un nuevo hogar.

–¡Sí, eso es! ¿Pero cómo es posible que ahora...?

–La arena –dijo la anciana, dando un paso atrás para buscar en un viejo cajoncito.

–¿La arena?

-La arena siempre está, sola y brillante. -El astronauta avanzó hacia la anciana, tocando uno de los botones luminosos del traje. -La arena -siguió diciendo la vieja Dunn- es la memoria de Marte, nuestra memoria, la memoria de los marcianos. -Telepatía -murmuró el hombre, y de su brazo mecánico surgió un estilete dorado-. En los tiempos de las primeras expediciones

decían que ustedes los marcianos eran telépatas.

-No nosotros -negó la mujercita volviéndose con una pistola herrumbrosa-. *La arena.*

Disparó, y un rayo azul y verde y oro brilló un segundo en la pequeña sala.

Encima del valle, las colosales naves se movían lentas sobre los canales vacíos, despertando huracanes dorados, despertando la memoria de Marte.

#### PUZZLE

### LAS NAVES DE ARENA

- **Respuesta correcta al puzzle:** *El año del regalo y la temperatura probable.*
- **Pistas:** El relato, el video y [este rompecabezas](#) conducen a una palabra clave en el planeta rojo.
- **Herramientas:** Pensamiento lateral, Google, Google Earth, Mars y similares.
- **Dificultad:** Difícil.

Se deberá enviar la respuesta por email a [dan@gamedesignla.com](mailto:dan@gamedesignla.com) y, si es correcta, el estudiante en lograrlo recibirá 200 puntos de XP adicionales para su futura Casa (grupo de trabajo durante el curso). Si el puzzle se resuelve recién durante la cursada, los puntos se reducirán a la mitad. ☺

Es válido resolver *Las naves de arena* colaborativamente entre los estudiantes. ¡Pueden usar el foro para debatir posibles soluciones! Y, por supuesto, los curiosos también pueden intentarlo.

**Cómo resolver el puzzle:** Es necesario leer muy atentamente el relato tomando notas de cada detalle que llame la atención o parezca importante. A continuación es necesario armar el rompecabezas provisto, y tomar la imagen como guía para buscar información. La estrategia principal consiste en no dar nada por sentado. Todo es posible, pero siempre hay una lógica para seguir adelante.

Un *tip* adicional: Si en algún momento están mirando un documental en busca de la siguiente pista, sólo deberán concentrarse en los primeros 10 minutos. ¡No hace falta que lo vean completo! Y algo más: *¡Van a encontrar un medallón, un televisor viejo, un robot y además la abuela tiene la última pista!*

*“Las naves de arena”, puzzle originalmente publicado en la revista [IRROMPIBLES] #8, de julio-agosto de 2012.*